

# AMOR IMPOSIBLE

Arturo Trejo Villafuerte

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

La primera vez que la vi, el corazón me traqueteó en el pecho y todo mi cuerpo vibró. Busqué el poste más cercano para sostenerme: era demasiado para mí.

Ella, indiferente a mi mirada, cruzó la calle con lentitud. Su cuerpo era esbelto y atrayente. En mi larga vida callejera nunca había visto nada igual. Recuerdo sus ojos serenos como albóndigas en caldo de jitomate y el listón rosa anudado a su cuello que le daba un toque de altivez, de alcurnia. Su nariz era recta, peculiar de su raza, y su sonrisa permitía disfrutar de la nieve que tenía por dientes. Su pelo era sedoso y limpio, de un tono café claro con rayitos blancos. Era un ejemplar soberbio.

Ya en la banqueta de enfrente, volteaba para todos lados como perdida. Una de sus miradas me impregnó. Yo traté de hacerme el simpático y corrí tras un compañero y lo zarandéé, pero ella, con un ademán enérgico, volteó para otro lado.

Al llegar al árbol de la esquina, le salió al paso Douglas y la molestó en todos los tonos y en todas las formas, de palabra y hecho. Reconozco que siempre le he tenido miedo a Douglas, ya que, a pesar de ser de la misma edad, él es más fuerte y grande que yo. Pero eso sí, no tan dañoso, ya que la calle me ha enseñado cosas que él nunca aprenderá en la escuela.

No me gustó que la molestara y así se lo hice saber. El, sabiéndose más grande y fuerte, contestó que no me metiera en lo que no me importaba. Pero como plática ya estaba bueno. Me lancé sobre él haciéndolo rodar por el pavimento. No esperaba el ataque y lo sorprendí. Se levantó y me buscó la cara. Yo retrocedí y logré prenderlo de atrás. No lo solté hasta que aulló de dolor. Pero se recuperó rápidamente y se fue sobre mí, en un intento desesperado por tirarme, con rabia inaudita, pero lo alcancé en el cuello y no lo solté. Sentí que algo caliente recorría mi faz. Era sangre de Douglas. El, al notar que sangraba, se acobardó y me quiso morder con la mirada. Se reconoció vencido y echó a correr con el rabo entre las patas.

Bambi se acercó agradecida y me lamió. Todo su cuerpo emanaba quinina mezclada con jabón del perro agradecido.

La acompañé hasta su casa sin otra intención que la de gozar su presencia. Sabía que lo nuestro no podía ser. Ella era Collie, yo Bulldog. Al dejarla frente a su reja, con un gua-gua doloroso, me alejé.